

La Fundación *Populorum progressio* al servicio de los pueblos indígenas y campesinos de América Latina

Mons. Iván Marín

Con una carta autógrafa, el Papa Juan Pablo II erigió la *Fundación Autónoma Populorum progressio* en la Ciudad del Vaticano el día 13 de febrero de 1992, para que «sea un signo y testimonio del anhelo cristiano de fraternidad y de auténtica solidaridad». En el preámbulo de dicha carta recuerda: «Mi predecesor de venerada memoria, el Papa Pablo VI, el 26 de marzo de 1969, fecha en que se cumplía el segundo aniversario de su encíclica *Populorum progressio*, instituyó un fondo para ayudar a los campesinos pobres y para promover la reforma agraria, la justicia social y la paz en Américas Latina, según las orientaciones dadas por los episcopados de aquel continente. En este año, en el que se celebrará el V centenario del comienzo de la evangelización del continente americano y se reunirá la IV Asamblea general del Episcopado Latinoamericano, deseo poner de relieve tales acontecimientos con la institución, en el Estado de la ciudad del Vaticano, de una Pía Fundación Autónoma destinada a promover el desarrollo integral de las comunidades de campesinos más pobres de América Latina.

Para la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá en 1968, por primera vez el Santo Padre visitaba América Latina. Era Pablo VI quien llegaba a Bogotá (Colombia) en el mes de agosto.

En una inmensa explanada en las afueras de la ciudad, el lugar del campo se llama S. José de Mosquera, más de un millón de campesinos llegados de todos los rincones de Colombia y de los países vecinos, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, lo esperaban ansiosos. Era el día 26 de agosto, los grupos fueron llegando durante toda la noche para ocupar buenos puestos, no diría que como las aves migratorias, eran como las multitudes ansiosas de la Palestina cuando se daban cita con el Maestro de Nazaret.

Desde la lejana diócesis de Jericó situada en el suroeste del departamento de Antioquia llegué con quinientos campesinos, pues en aquel tiempo yo era el delegado del obispo para la pastoral rural. La gente estaba feliz, cantaban, oraban y esperaban la llegada del primer Papa que pisaba tierra americana.

Hacia las diez de la mañana comenzaron a volar los primeros helicópteros, ¿en cuál llegará el Papa? era la pregunta de todos. Finalmente tocaba tierra el que portaba a Pablo VI, descendió y saludó a las multitudes pasando muy cerca de todos en el papamóvil que lo conducía. El entusiasmo era delirante, la fatiga del largo viaje se olvidó, todos querían escucharlo.

«¡Salve, campesinos colombianos! Salve, trabajadores de la tierra en América Latina!» fueron sus primeras palabras. Después de decir que había venido a Bogotá para rendir honor a Jesús en su misterio eucarístico, comenzó a hablar directamente a la inmensa multitud que lo escuchaba en silencio. «Amadísimos hijos, vosotros sois Cristo para Nos. Y Nos, que tenemos la formidable suerte de ser su Vicario en el magisterio de la verdad revelada por él y en el ministerio pastoral de toda la Iglesia católica, queremos redescubrir a Cristo como redivivo y padeciendo en vosotros. No hemos venido para recibir vuestras filiales aclamaciones, siempre gratas y conmovedoras, sino para honrar al Señor en vuestras personas, para inclinarnos por tanto ante ellas y para deciros que aquel amor, exigido tres veces por Cristo resucitado a Pedro (cf. *Jn* 21, 15), de quien somos el humilde y último servidor, lo rendimos a él en vosotros, en vosotros mismos».

Y después de trazar un cuadro bien preciso de la situación de injusta pobreza de los pueblos campesinos y citando su encíclica sobre «el progreso de los pueblos» afirmó: «Nos seguiremos defendiendo vuestra causa (...), continuaremos proclamando vuestra dignidad humana y cristiana (...), seguiremos denunciando las injustas desigualdades económicas entre ricos y pobres, los abusos autoritarios y administrativos en perjuicio vuestro y de la colectividad. Continuaremos alentando las iniciativas y los programas de las autoridades responsables, de las entidades internacionales, y de los países prósperos, en favor de las poblaciones en vías de desarrollo». Y ya hacia el final de su discurso prometía: «Nos mismos trataremos, en el límite de nuestras posibilidades económicas, de dar ejemplo, de reavivar siempre en la Iglesia sus mejores tradicio-

nes de desinterés, de generosidad, de servicio, apelándonos cada vez más a aquel espíritu de pobreza que nos predicó el divino Maestro y que nos ha recordado el concilio ecuménico de manera autorizada (cf. *Lumen gentium*, 8).

La promesa del papa no se hizo esperar, al regreso a la ciudad eterna entregaba un millón de dólares para apoyar los programas de reforma agraria que estaba adelantando el Banco Interamericano de Desarrollo en Colombia.

El 16 de octubre de 1992 en Santo Domingo (República Dominicana), simultáneamente con la realización de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, el cardenal Roger Etchegaray en su calidad y presidente del Consejo pontificio *Cor unum* a quien el Papa confió la Fundación, instaló el Consejo de Administración.

Por estatutos, la Fundación *Populorum progressio* tiene su sede legal en el Estado de la Ciudad del Vaticano y la acompaña de cerca el dicasterio *Cor unum*, cuyo presidente es, en razón de su oficio, presidente y representante legal de la Fundación. Está gobernada por un Consejo de Administración compuesto por siete miembros, seis de ellos son obispos representantes de diversos países de América Latina y el Caribe y el séptimo miembro es un representante de *Cor unum*.

Al consejo de administración le compete establecer los criterios generales que se requieren para la buena marcha de la fundación; vigilar para que se cumplan los fines según el espíritu de la fundación; procurar que todos los proyectos y programas se ajusten a los fines de la institución; estudiar los proyectos que le sean presentados cada año y asignarles los subsidios según los fondos o bienes disponibles.

Yo creo ciertamente que la fundación es un signo ya bien visible. En los años que lleva de existencia, siendo pocos, ya da pasos de adulto. Es conocida y amada por más de quinientas comunidades de indígenas y campesinos de toda la geografía latinoamericana y del Caribe, donde ha financiado un proyecto. Los episcopados han secundado generosamente la iniciativa del Papa. La Conferencia episcopal italiana especialmente es como la nodriza amorosa de la Fun-

dación; muchos episcopados de la misma América Latina, siendo muy pobres, se han propuesto sostenerla con sus contribuciones.

La promesa hecha por Pablo VI a los campesinos sigue viva y operante, es ya una realidad, gracias a la generosidad de Juan Pablo II que le ha dado vida creando la Fundación *Populorum progressio*, quien precisamente quiso darle tal nombre en memoria del primer gesto de Pablo VI. Quiera nuestro Señor, el Buen Pastor, que con estos signos de la Iglesia, la comunidad humana, solidariamente, se movilice más aceleradamente para suprimir tantas injustas pobreza que padecen los pueblos más marginados, especialmente las comunidades indígenas y campesinos pobres del continente de la esperanza.

La actividad de la Fundación se puede apreciar en los siguientes cuadros y cifras.